

Periodismo y propaganda de guerra

Ambigüedades y contraposiciones

Por: Gastón Nicolás Flores

Licenciado en Comunicación Social. Adscripto al Seminario "Conjeturas sobre el Sujeto: Reflexiones sobre los vínculos sociales y políticos en la cultura mediática" Cátedra Bla(st) - Facultad de Ciencia Política y RRH - Universidad Nacional de Rosario

Sumario:

El periodismo de guerra y la propaganda de guerra surgieron apenas hubo medios de comunicación de masas, y rápidamente se relacionaron. Durante el siglo XX esta relación fue cambiando pero siempre se mantuvo activa, y a principios del siglo XXI plantea un importante desafío ético y profesional a muchos corresponsales y periodistas: cuál es la línea que separa periodismo y propaganda durante un conflicto armado.

Descriptor:

guerra, periodismo, propaganda, corresponsal, guerrilla

Summary:

War journalism and war propaganda emerged soon after mass media were available, and rapidly established a relationship. During the twentieth century that relationship changed but always remained active, and in the beginning of the twenty-first century it presents an important ethical and professional challenge to many correspondents and journalists: what is the line that separates journalism and propaganda during an armed conflict.

Describers:

war, journalism, propaganda, correspondent, guerrilla

Periodismo suele ser sinónimo de seriedad, rigurosidad y una muy repetida *objetividad*; propaganda de guerra suele ser sinónimo de manipulación, mentiras y engaño. Sin embargo, ambos conceptos muchas veces se unen rápida y fácilmente en momentos de conflictos bélicos, generando una ambigüedad manifiesta.

Este camino es largo, y abarca ya más de un siglo, desde que los medios de comunicación masivos comenzaron a narrar lo que sucedía en los campos de batalla, rápida y precisamente, dejando lugar a una reacción pública frente a las decisiones tomadas por los gobiernos. Es equivocado pensar al periodismo de guerra como un opuesto a la propaganda: en realidad la segunda es una respuesta a la contundencia del primero, que en determinados momentos puso en problemas a las dirigencias militares y políticas al revelar sus errores. Y actualmente el periodismo de guerra es una respuesta a la propaganda, en la medida en que el periodismo debe alejarse de los estereotipos de la propaganda y continuar su misión desmitificadora (sean cuales sean los mitos).

Inversamente, se puede pensar que la propaganda de guerra tiene que ver con el medio de comunicación de masas más primitivo, el rumor o el boca a boca (más un método que una tecnología), luego se fundió con la cobertura periodística aprovechando el auge de nuevas tecnologías. En este sentido, el periodismo no sería más que una redefinición de aquel rumor que no podía demostrar su veracidad; tal vez incluso una redefinición superadora.

Propaganda y manipulación

La propaganda de guerra, de todos los tipos, puede servir para muchas cosas: legitimar una agresión, exaltar a la población, pedir apoyo de la población propia o de un país ocupado, compensar a una población hambrienta y dolida explicando que ese sufrimiento sirve para algo. En este sentido, los usos son los mismos que hace décadas, aunque en la actualidad, la principal misión es explicarle a la población por qué las FFAA entran en combate, incluso si no hay motivos

aparentes o firmes para hacerlo. La propaganda de guerra, entonces, es crucial antes de un conflicto, para justificarlo; y durante, para convencer a la población de que puede ser ganado.

Sin embargo, otro propósito importante de la propaganda es explicarle al enemigo la falsedad de su causa, dándole motivos para dudar y finalmente dejar las armas. Esta misión es tal vez la más difícil, por obvias razones, y no pocas veces ha fallado. Principalmente por no comprender al target, si utilizamos el término de marketing. Existen numerosos casos, pero es interesante profundizar en dos de ellos. Aunque pueda parecer extraño, ninguno de ellos sugiere un choque de culturas, o la estereotipación-degradación del oponente a nivel cultura, sino sencillamente una falla al comprender algún aspecto principal de la mentalidad del oponente, de su forma de vida o, un caso particular desde Vietnam, estar peleando dos guerras diferentes.

Uno de los casos más recordados es el de los Aliados durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial. Mucha de la propaganda estadounidense e inglesa estaba apuntada a remarcar, tanto a civiles como a militares enemigos, la locura de Hitler. En mensajes radiados, volantes arrojados desde el aire y otros medios, pedían a los oficiales y soldados que se rindieran en lugar de servir a un individuo que llevaba a Alemania a la destrucción. Luego de mucho tiempo de mantenerse en esta actitud, sin ningún resultado, los encargados de la inteligencia comenzaron a interrogar a los oficiales; muchos de ellos eran reconocidos por su capacidad militar y su oposición o indiferencia frente al nazismo y en general a toda tendencia política.

Los aliados no podían entender cómo oficiales instruidos y apolíticos seguían combatiendo por un régimen como el nazi. La respuesta tardó en llegarles, y era sencilla. Todos los soldados y oficiales alemanes habían jurado obediencia a Hitler en persona. La firme lealtad a la palabra empeñada (una tradición, no solamente militar, que en la cultura alemana era muy importante) era lo que mantenía a los oficiales obede-

ciendo y dando órdenes que no hacían más que alargar lo inevitable. La misma costumbre había incluso frenado repetidas veces los intentos de asesinato de Hitler planeados por los altos mandos. Estas personas se veían atrapadas en la encrucijada moral de intentar salvar a su país o de mantener firme su palabra y no traicionarla. En este caso, no comprender totalmente la dimensión simbólica de un gesto aparentemente tan sencillo hizo que se perdiera mucho tiempo con una idea equivocada.

El otro caso, más que solamente perjudicar el desarrollo de una estratégica campaña de propaganda, sencillamente configuró una matriz de pensamiento totalmente errónea que mantuvo activa la guerra de Vietnam por años y años. Allí donde los Estados Unidos veían una lucha contra el comunismo, los vietnamitas, habiendo sufrido el colonialismo desde mucho tiempo antes, veían una lucha por la independencia. La base comunista del movimiento creado por Ho Chi Minh era irrelevante, en el sentido de que esos grupos deseaban construir un país independiente de colonialismos (tradicionales o novedosos) e incluso lejos de la influencia directa de otros países comunistas como la URSS y China.

Mientras EEUU no podía perder soldados debido al escaso apoyo popular a la guerra, cimentado en parte por los medios, Vietnam del Norte no escatimaba sangre por lograr ese ideal de independencia. Como lo han mencionado algunos funcionarios y autoridades militares vietnamitas luego de la guerra, si bien el precio fue alto, ellos estaban dispuestos a seguir adelante: ninguna clase de propaganda, apoyada o no en hechos, iba a desviar su accionar, costara las vidas que costara. No se trataba de un gobierno despótico (como el de Stalin) que obligara a sus soldados a entrar en el combate; sino una causa nacional que todos compartían como propia, por la que no faltaban voluntarios incluso para las tareas más peligrosas¹.

En este caso, poco podían hacer también los intentos de propaganda para demostrarle al Vietcong o al norvietnamita (fuera soldado o civil) la corrupción o malignidad del comunismo. Y es que existen prácticas

e imaginarios difíciles e imposibles de promover o implantar en un conflicto bélico, si del otro lado hay prácticas e imaginarios mucho más fuertes, como la lealtad, la obediencia o un ideal mayor de independencia o libertad. En estos casos, hay que plantearse el peso que tiene la propaganda de guerra en diferentes contextos, y también su grado de eficacia.

Vemos aquí uno de los mayores errores al hablar de propaganda de guerra: pensarla como una forma de manipulación directa, según lo trazado por la Teoría Hipodérmica. Tal vez esto tiene que ver con que, justamente, muchas de las más famosas y extensas campañas de propaganda de guerra tuvieron como escenario la Segunda Guerra Mundial, momento en el cual esta teoría estaba en su cúspide, pero también en la que encontró su punto de declive.

Sin embargo, la propaganda de guerra está allí para vender una idea, como un comercial: la falsedad o realidad de la idea es otro asunto. No son pocos los casos en los que un gobierno ha tenido que utilizar la propaganda de guerra para explicar una acción militar que tiene una buena justificación, pero que no tiene apoyo popular. Sin ir más lejos, Vietnam era una causa políticamente comprensible desde el punto de vista de la Guerra Fría y la Teoría del Dominó, pero las autoridades fallaron estrepitosamente en hacer que esa lucha fuera la del pueblo estadounidense en conjunto, el cual no pudo *apoderarse* de dichos motivos. Algo que sí ocurrió en la Segunda Guerra del Golfo (la liberación de Kuwait) y en parte en la Tercera.

La Segunda Guerra Mundial vio el nacimiento y apogeo de este nuevo tipo de lucha propagandística, junto con otros avances tecnológicos. Por lo general, los gobiernos totalitarios, incluso antes de ingresar a la guerra, tenían grandes instituciones estatales dedicadas a un tipo de propaganda. Tanto es así que en Alemania, la propaganda era considerada como un *cuarto frente*, y servía para dos grandes propósitos. El primero, pasivo, era mantener a las tropas y los civiles con la moral alta; el segundo, más activo, era confundir al adversario, conjugando a la prensa con las labores de contraespionaje e inteligencia.

Claro que también se entrelazaban las acciones del cuarto frente con las demás ramas militares: fue así como la invasión a Polonia fue justificada como un contrataque alemán debido a la política belicosa del vecino país, que en realidad se estaba preparando para ser inevitablemente invadido.

Este tipo de mentiras y los métodos que se usaban para presentarlas eran ambos bastante burdos. El sistema general que tenían estos organismos estatales era negar las virtudes del enemigo y reemplazarlas por vicios; así, por ejemplo, a los japoneses se les hizo creer que los estadounidenses eran vagos y cobardes, algo que les aseguraba el desprecio de la población y la promesa de una rápida y fácil victoria; también les aseguraban que eran sanguinarios, lo cual evitaba que los soldados pensarán en rendirse. Los éxitos del enemigo eran minimizados o pasados por alto, y los fallos, errores o derrotas propias eran disfrazadas por victorias que ensalzaban el coraje y la entrega por la patria. De esta manera, una aplastante derrota se convertía en una victoria del espíritu guerrero nacional, o en una demostración de la fuerza de la raza o la sangre. El mismo esquema se repitió una y otra vez, tanto para las tropas en el frente como para los ciudadanos, incluso cuando la situación real era evidentemente tan mala que solamente los más fanáticos, y a veces ni ellos mismos, podían creer cabalmente dichas palabras.

Se puede poner mejor esta situación en palabras del contraalmirante Franco Maugeri, jefe del Servicio de Inteligencia Naval italiano: "Cualquier escaramuza o patrulla con éxito era ampliada, exaltada e inflada hasta que adquiría las proporciones de un Gettysburg o Trafalgar. Y las noticias de los triunfos aliados se reducían u omitían por completo. Empezamos a dudar, luego a desconfiar y por último a descreer de las declaraciones oficiales emitidas por nuestro gobierno"².

Este tipo de maniobras eran típicas de un gobierno autoritario, que llegaba a pensar que una orden implícita de los medios era que los oyentes creyeran esos datos. Los cuales, generalmente, eran diferentes o totalmente opuestos a la realidad que se percibía.

Tal vez el caso más patético fue el italiano, en donde, concientes de que la gente comenzaba a escuchar la BBC y La Voz de América (algo penado severamente), el gobierno llegó a ordenar que en todos los lugares públicos se sintonizaran las noticias oficiales a las 13 y 18 horas de cada día, y que las personas, para estar atentas a la información, debían dejar de comer, beber o lo que estuvieran haciendo y se pusieran de pie. Obviamente, el público en general pasó por alto estas órdenes, incluso cuando podían acarrear encarcelamiento y la muerte.

A la larga, la gente percibía que aquella exageración era imposible, como lo señala Maugeri. Son conocidos los muchos chistes que comenzaban a circular en Italia y Alemania, acerca de políticos corruptos, la escasez de comida, la inminente derrota. Esta práctica era la única manera de aceptar aquella realidad, de construir formas de lucha contra una autoridad que pretendía imponer hechos imposibles. En Japón, una cultura diferente y el aislamiento terrestre posiblemente repercutió en un crecimiento mucho menor de rumores y datos que venían del frente y negaban la realidad oficialmente construida; si hubo prácticas antipropagandísticas, no hay datos sobre ellas. Sin embargo, hay que tener en cuenta cómo estas prácticas, dependiendo de las características de cada cultura, iban minando lenta o rápidamente la aceptación de aquellas realidades impuestas por las noticias oficiales.

El último intento serio de la propaganda de guerra italiana fue, justamente, imitar la voz del espectador promedio. Al ver que nadie obedecía las ridículas reglas ya enunciadas, crearon a la "Voz Fantasma". Se trataba de un personaje ficticio que interrumpía a los locutores radiales en mitad de la programación. Supuestamente del lado del público, y defensor de la verdad, desafiaba a viva voz a los comentaristas a decir a no mentir sobre lo que sucedía en Italia y en el frente. Se daba entonces un intercambio de argumentos entre ambas partes. Al comienzo, esta estrategia funcionó, ya que la gente creía que finalmente alguien se arriesgaba a decir la verdad. Sin embargo, todo fue

perdiendo credibilidad y popularidad: las preguntas y cuestiones planteadas por la Voz Fantasma, siempre eran respondidas con demasiada agudeza. Aquél defensor de la opinión pública era siempre derrotado con un mejor argumento, y pronto todos se dieron cuenta de que aquello no era más que un teatro radial bastante burdo³.

Del lado aliado, la cuestión de la propaganda dio lugar a más debates, ya que la existencia de sectores libres, como los medios de comunicación privados, permitía una cierta cuota de disenso. Es cuestión conocida que Churchill, veterano administrador británico durante la Gran Guerra, era también defensor de la mentira, el engaño y la manipulación mediática durante la guerra. Esto no cayó nada bien en la administración de la BBC, la cual era tanto un medio de comunicación convencional, como un medio de comunicación entre unidades infiltradas en territorio enemigo. Curioso caso que se repitió luego en algunas ocasiones, mientras la BBC desbarataba las mentiras alemanas con nuevas afirmaciones y también incluía nuevas noticias, era utilizada por las Fuerzas Armadas para transmitir mensajes codificados a unidades de la resistencia, espías y saboteadores, en países ocupados.

Los roces entre la cúpula de la BBC y Churchill y otros políticos dio sus frutos. Con el tiempo, todos se dieron cuenta de que la independencia periodística era importante. La BBC se autocensuró muchas veces, sin duda, pero no por eso dejaba de criticar a veces al gobierno.

Todo esto llevó a lo que los Aliados llamaron *propaganda with facts* (propaganda con hechos): aunque los detalles fueran recortados y adornados, la verdad general no se ocultaba, y los hechos fundamentales eran comentados sin problemas. La interpretación de estos hechos, en todo caso, era harina de otro costal, pero la verdad subyacente resultaba mucho más creíble.⁴

Fue por eso que la BBC se mantuvo como una fuente tan creíble de noticias, tanto en el Reino Unido como en países ocupados y las mismas Alemania e Italia. Cuando las mentiras de los gobiernos autoritarias

eran repetidas demasiadas veces, el público sencillamente se cansaba y cambiaba de dial.

La cobertura mediática

Esto nos lleva al análisis de cómo los medios cubren los conflictos armados, a veces condicionados a obedecer reglas que no favorecen para nada su supuesta objetividad, y de hecho pueden convertirse, voluntaria o involuntariamente, en órganos de prensa gubernamental.

Los conflictos armados estuvieron lejos del público general de muchos países hasta que los medios comenzaron a hablar de ellos. Esto se logró gracias a los avances tanto en transporte como en comunicación: una persona especialmente encargada podía ir al frente (generalmente muy lejano, ya que los países desarrollados tenían colonias en todas partes del mundo, en donde surgían los problemas) y aprovechar los medios de comunicación para contar lo que sucedía.

Se reconoce como el primer periodista en cubrir un conflicto de gran envergadura al inglés William Howard Russell, que fue despachado a cubrir la guerra entre Inglaterra, Francia, Turquía y Rusia por la península de Crimea, situada en el Mar Negro, en 1854. Los avances de la tecnología habían llevado al telégrafo, el cual permitía a un corresponsal comunicarse eficientemente con su diario, el ya por entonces poderoso *Times* de Londres, situado en el otro extremo de Europa. Este aparato produjo sin duda alguna un enorme cambio en la sociedad moderna: en lugar de tener que enviar una carta que tardaría semanas en llegar a destino, cualquiera podía enviar sus pensamientos a todas partes. La información llegaba tan rápidamente que podía transformar algo, causar alguna sensación en el público, ingresar en la opinión pública, crear agenda y llevar eventualmente a cambios políticos.

Posiblemente debido a la novedad de la tecnología, Russell no parece haberse enfrentado a ningún tipo de censura. Sus relatos contaban todas las ineptitudes de los mandos británicos: regularmente llegaban sus denuncias sobre la falta de camas para los enfermos

y del abrigo para los soldados, mientras los oficiales tenían chefs privados, sirvientes hindúes y buenos vinos. Las cruentas crónicas del corresponsal británico conmocionaron a todos en su país. Lo que sucedió luego fue paradigmático: el oficial inglés a cargo, Lord Raglan, tuvo que renunciar, al igual que su jefe el ministro de Guerra, Russell, sin embargo, siguió en su despacho. La vieja guerra había terminado gracias a la enorme red de cables telegráficos, el código morse y los pequeños aparatos que enviaban las señales eléctricas.

El jefe de Russell, John Delane, director del *Times*, dejó en claro algunas frases que se convirtieron en clásicos para cualquier corresponsal: "el deber de la prensa es hablar; el de los estadistas, guardar silencio. [...] El deber del periodista es buscar la verdad por sobre todas las cosas, y presentar a sus lectores, no aquello que los estadistas desearían que conociesen, sino la verdad, hasta donde le sea posible alcanzarla"⁵.

Habiendo aprendido la lección, no es de extrañar que en el siguiente gran conflicto bélico comenzaran a pensarse serias limitaciones para la cobertura mediática en el frente. La Primera Guerra Mundial fue incluso más cruda que las anteriores, lo cual quedó demostrado al poco tiempo de su inicio. Enormes cantidades de hombres murieron en los primeros meses, nuevamente a causa de graves fallos estratégicos, ineptitud y la falta de voluntad para cambiar lo que no funcionaba. Los nuevos aparatos de comunicación no hicieron más que facilitar y posibilitar un mayor acercamiento a esta realidad.

Llegado el momento, el Primer Ministro inglés, Lloyd George, describió con gran precisión las causas de esta censura: "si la gente realmente supiera lo que ocurre, la guerra se detendría mañana. Pero, por supuesto, no saben y no pueden saber. Los corresponsales no escriben la verdad y la censura no la dejaría pasar"⁶.

No es inocente la frase; en ese momento era común que murieran miles de hombres por día en acciones militares inútiles y mal planeadas. Es imposible pensar que en la actualidad algo así sucediera, y es también

algo difícil de pensar que la opinión pública del momento lo admitiera. Para el final de la guerra, de no haber mediado la llegada de ciertas tecnologías (como la del tanque) y la entrada de EEUU en el conflicto, es de esperarse que tarde o temprano ambos bandos tirarían la toalla, completamente incapaces de continuar peleando en gran medida por la escasez de hombres para empuñar las armas.

En el período de posguerra no solamente se mejoró la tecnología, sino que también la idea de la propaganda y el periodismo cambió totalmente. La prensa fue limitada de mayor manera en muchos países, sobre todo en los que tenían regímenes totalitarios.

En la Segunda Guerra Mundial, algunos contendientes mantenían a sus corresponsales de guerra dentro de la estructura militar, para asegurarse así una suerte de censura automática, doblemente impuesta. Por un lado, el mismo patriotismo del periodista *interfería* en la situación; por otra parte, el estar metido en una estructura mucho mayor que él hacía que fuera obviamente imposible hablar de temas controversiales.

Los gobiernos totalitarios tenían sencillamente unidades de propaganda dentro del organigrama, ya fueran unidades militares o civiles. Mientras tanto, los estadounidenses y otros países democráticos, en menor medida, tenían periodistas "embedded", es decir, *introducidos* dentro de las unidades militares. Fotógrafos y cronistas acompañaban a los soldados en desembarcos y combates de todo tipo, narrando historias de valor propio y crueldad del enemigo. Las FFAA de EEUU también tenían dentro de su estructura corresponsales, fotógrafos y periodistas militares, pero estos trabajaban para publicaciones internas, como el periódico *Stars & Stripes*, pensado para soldados en todos los frentes. De esta manera, a veces el periodismo y la propaganda se mezclaban sutilmente, pero de manera separada para civiles y militares, cosa que no sucedía en países autoritarios como la URSS y Alemania, en donde el Estado centralizaba la propaganda en diversas organizaciones propias.

Terminada esta guerra, en los siguientes conflictos importantes se dio un proceso similar. Sin embargo, un

caso especial, que no se ha vuelto a repetir y seguramente nunca más veremos, fue la guerra de Vietnam, en la cual no existió ningún tipo de censura sobre los periodistas y corresponsales, ya fueran estadounidenses o de naciones neutrales. Esto se debió a que, en realidad, EEUU nunca declaró la guerra a Vietnam del Norte: esa atribución era parte del Congreso, quien nunca estuvo de acuerdo con las acciones militares en esa región. Como ha sucedido muchas otras veces, los presidentes de la época supieron rodear esta prohibición constitucional y enviar soldados al sudeste asiático.

Sin el país en guerra formal, las autoridades militares no podían efectuar ningún tipo de censura sobre la cobertura de los medios privados; como mucho podían censurar a sus propios periodistas (esto puede verse en películas como *Good Morning Vietnam* y *Full Metal Jacket*, ambas basadas en personajes reales).

Esto sentó un curioso antecedente, ya que existían realmente dos versiones de la misma realidad, dentro del mismo país. Leyendo las experiencias de los corresponsales de la época, podemos ver cómo se recreaba allí el dilema de la responsabilidad y la ética profesional. Mientras muchos periodistas se mantenían apostados en Saigón y repetían las noticias dadas por los organismos de prensa de las FFAA, las cuales tenían generalmente buenas noticias (o malas noticias con un enfoque positivo), otros se animaban a salir al campo de batalla, visitar aldeas, hablar con soldados y ver sus acciones. Al no existir limitaciones, estos corresponsales pudieron traer noticias y crónicas realmente coloridas, interesantes y reveladoras sobre lo que realmente estaba ocurriendo, mostrando un contraste muy grande con respecto a la visión oficial.

No es extraño entonces que el público estadounidense, generalmente acostumbrado a una visión unificada e inevitablemente positiva del papel que sus FFAA cumplían en el mundo (principalmente la derrota del nazismo), se haya sentido tan ofendida al ver ciertas notas y fotografías especialmente duras y críticas. Nuevamente, como en el caso de Russell,

estas críticas y este sentimiento de enojo determinaron la aparición de numerosos problemas políticos a los gobiernos de turno.

Al hablar de Vietnam, hablamos sin duda del conflicto armado más imparcialmente cubierto de todo el siglo XX. Pero en las primeras guerras del siglo XXI, la cuestión es muy diferente. La intervención en Afganistán y la Tercera Guerra del Golfo de 2003 reinauguraron el procedimiento ya utilizado anteriormente: los periodistas *embedded*, incorporados a las unidades militares que avanzaban por Irak.

Estos corresponsales, generalmente de los países beligerantes, tenían dos grandes ventajas: estaban frente a la acción, pudiendo seguir de cerca el avance del combate, y manteniéndose dentro de la línea logística, lo que les daba protección, comunicación, alimento, transporte, abrigo, etc., en un ambiente particularmente hostil como es el desierto. El precio a pagar, sin embargo, es alto para algunos dentro de la misma profesión: se cubren solamente ciertas noticias, y aunque no haya una censura posterior, hay una fuerte imposición de agenda.

Esto hacía que muchos periodistas, particularmente de países no beligerantes, fueran enviados de manera independiente, como muchos otros periodistas solían hacer en conflictos anteriores. Fueran *freelance* o no, se atrevieran a ingresar en territorio afgano o irakí sin más recursos que los que ellos y sus cadenas de noticias pudieran proporcionarles. Esto implica reunirse en grupos para asegurarse un mínimo de seguridad y colaboración, obtener alimento y agua donde y como se pueda, contratar servicios de personas poco confiables (para protección, guía o transporte), recorrer territorio inseguro por desconocimiento o por obligación, etc... En este sentido es muy recomendable la lectura del libro "Diario de guerra" de Elisabetta Piqué, quien fuera corresponsal del diario La Nación en Afganistán e Irak. Su testimonio habla a las claras del compromiso profesional y de los terribles desafíos que tienen este tipo de trabajos.

¿Qué obtenían a cambio, estos osados periodistas, al no acceder a ser introducidos en las unidades

militares? Mayor libertad, en la medida en que podían entrevistar a quien fuera y donde fuera. Piqué, por ejemplo, dedicó espacio a retratar la vida de las mujeres afganas bajo el yugo de la ley de los talibanes. Al estar asentados en una sola región, pueden escribir más sobre el día a día de sociedades culturalmente muy diferentes, funcionando como *antropólogos en miniatura*. No pocas veces, incluso, cruzaron la línea entre el ver y el actuar, que tanto debate ético ha suscitado en no pocos periodistas. La periodista cuenta, por ejemplo, cómo invirtió tiempo y dinero (además de arriesgar a veces su propia seguridad) para lograr que una mujer afgana consiguiera independizarse del yugo de sus parientes varones⁷. Este tipo de inmersión en la realidad del país en guerra es totalmente imposible desde otro punto de vista. Los periodistas asignados a unidades militares deben seguir el combate allí desde donde están, y pueden no tener tanto tiempo para sentarse a conversar con civiles, quienes pueden creer más fácilmente que son espías. Esto los segrega también, de alguna manera, al limitar sus fuentes. Sin embargo, les permite mostrar de primera mano la experiencia de las unidades militares, lo cual no es tampoco algo negativo.

Obviamente, otra de las grandes ventajas de los corresponsales independientes es que se pueden tomar temas controversiales, como el daño a civiles que causa la guerra. En el caso de Piqué, también se notan declaraciones de personas que en ningún caso hubieran podido hablar de ciertos temas.

Prensa y propaganda de guerra en el siglo XXI

En este punto, parecería que los corresponsales de guerra se encuentran atrapados entre dos fuegos: mantener una cierta ética profesional, haciendo periodismo, o convertirse de alguna manera en propagandistas.

Claro que esta lógica tan directa encierra muchas aristas que es necesario analizar. Como hemos visto, la cuestión radica en una elección personal. Un periodista puede rechazar ser enviado dentro de una unidad militar; los medios que envían corresponsales

independientes suelen pedirles que vuelvan y, como nos cuenta Piqué, ellos mismos no quieren irse, incluso cuando sus vidas corren peligro y estén asqueados de la situación, porque lo consideran una gran experiencia. Pareciera haber en ese trabajo una fascinación similar a la que experimentan los soldados cuando son sacados del campo de batalla y desean volver a él.

Es un error considerar al periodista *embedded* como una especie de propagandista o traidor a la ética profesional, de la misma manera que es un error creer que el periodista *freelance* o el corresponsal independiente dará una cobertura más objetiva e imparcial. Se trata en todo caso de dos formas diferentes de enfrentar el mismo desafío profesional, dos métodos que dan resultados diferentes y que tienen problemas y ventajas diferentes.

El periodista incorporado a las unidades de combate vive, aunque no lo parezca, un peligro similar al corresponsal independiente. Aunque tenga acceso a muchos recursos, todavía corre riesgo ya que está en una zona de combate, y para peor, suele estar muy cerca del frente. Debe afrontar, de alguna manera, las mismas incomodidades y peligros que viven los soldados. A pesar de que no pueda escribir sobre ciertos temas, su labor como propagandista no está asegurada: ciertos medios dan más libertad que otros, y en definitiva no son siempre las Fuerzas Armadas o el gobierno los que imponen todas las limitaciones.

El corresponsal independiente o *freelance* tiene pocas limitaciones profesionales, pero sí tiene limitaciones físicas. Tiene contado acceso al dinero y a todos los recursos que puedan comprarse con él. Debe manejarse en zonas desconocidas en donde muchas veces no se habla su idioma. Esto lo lleva a unirse con otros profesionales. Un poco más lejos del combate, tienen la posibilidad de contar lo que subyace detrás del enfrentamiento bélico crudo, en sí mismo: hambre, destrucción, masacres de civiles, etc. Esta otra mirada, sin embargo, es todo lo que puede obtener, ya que, salvo que medie una casualidad, un corresponsal de este tipo no puede acercarse al combate.

Otra cuestión aparece en los últimos tiempos, fruto del tipo de conflicto localizado que se experimenta desde Vietnam. Las guerras de objetivos limitados o consignadas a la obtención de un objetivo político algo confuso (o muy específico, pero difícil de concretar) hacen que los ejércitos deban mantener fuerzas de ocupación durante años en el país en el que combaten.

La guerra de guerrillas requiere fuerzas terrestres muy móviles, pero al mismo tiempo ha determinado que casi todos los grandes conflictos de los últimos años (Vietnam, Afganistán, Irak en 2003) sean guerras en donde dichas fuerzas terrestres quedan inevitablemente empantanadas. En la Segunda Guerra del Golfo, los periodistas que cubrían el avance militar tenían historias reales para contar, y las escenas de la liberación de Kuwait eran similares a las de la liberación de los países europeos en la Segunda Guerra Mundial. La cobertura de estos periodistas eran rápida, porque los sucesos eran rápidos, y si bien podían ser editorializados, había una necesidad enorme por emitirlos y sacarlos al aire.

Esa urgencia en la cobertura atenta contra la autocensura: cualquier toma es particularmente valiosa si no está repetida o si no aparece en las noticias de la competencia. En este sentido, los periodistas incorporados a las unidades militares sirven muy bien a la hora de transmitir la naturaleza de un conflicto bélico determinado y dejarnos imágenes memorables que los identificarán en el futuro.

Sin embargo, en conflictos como los de Vietnam, la ocupación del país, que suele durar años, y la falta de objetivos políticos firmes (o de firmes maneras de lograr dichos objetivos) crea otras condiciones. Los periodistas, incorporados o no, dejan de estar expuestos al frenesí del combate, y deben llenar sus páginas o enviar fotografías sobre otros temas. La menor velocidad de los acontecimientos permite una aplicación más extensa de la censura, propia o ajena, y de una editorialización más elaborada; pero al mismo tiempo, la convivencia mucho más extensa con el ambiente permite que ciertas situaciones permeen

más fácilmente el discurso del corresponsal.

Como sucedió en Vietnam, aunque en menor medida, los periodistas pueden dedicarse a cubrir otras noticias no necesariamente amparadas ya por las informaciones oficiales. Esto continúa siendo una opción personal además de editorial. De todas maneras, como en el caso de otros géneros ambiguos, es necesario mantener una cierta vigilancia, una lectura de contenidos profunda, a la hora de seguir la cobertura de todo tipo de conflictos armados.

Vemos entonces que propaganda y periodismo de guerra son dos caras de la misma moneda; una moneda inevitablemente manoseada y con los bordes ya gastados. Una propaganda que no siempre es manipulación directa, y un periodismo que no siempre es serio y objetivo.

Notas

1. BROYLES, William, "Los espectros de los bombarderos" y "Las sombras del tiempo", en *Dossier Nam - Testimonios 11. Regreso a Vietnam*, Planeta de Agostini, Barcelona, 1988.
2. ADAMS, Henry H., "Una nación al borde del abismo", en *Italia en guerra* (tomo II), Ediciones Folio S.A., Barcelona, 1998.
3. Op. cit.
4. SOHR, Raúl, "La guerra por las mentes", subcapítulo "La propaganda", en *La guerras que nos esperan*, Ediciones B, Chile, 2000.
5. SOHR, Raúl, "La telaraña del terror", en op. cit.
6. SOHR, Raúl, "La guerra por las mentes", subcapítulo "La censura", en op. cit.
7. PIQUÉ, Elisabetta, "Afganistán", en *Diario de guerra - apuntes de una corresponsal en el frente, Afganistán 2001 - Irak 2003*, Grupo Editorial Normal, Buenos Aires, 2003.

Registro Bibliográfico

FLORES, Gastón Nicolás

"Periodismo y propaganda de guerra. Ambigüedades y contraposiciones", en *La Trama de la Comunicación Vol. 12, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2007.